

La CaPiLLa siXtina

EL CID Y UNA MUCHACHITA DE VALLADOLID

Para Televisión Española está de moda la promoción de autores teatrales de los años cuarenta. No hay quien le aparte de López Rubio, Ruiz Iriarte o Calvo Sotelo. Ahora nos ha ofrecido su versión de *El amor es un potro desbocado*, obra de Escobar, en la que este gentil hombre de teatro nos dio su especial visión de las mocedades del Cid, una visión cargada de ideología ocasional. Ahí es nada. El señor Escobar concibe al joven Cid como un profeta de la unidad de las tierras y los hombres de España. El joven Rodrigo Díaz de Vivar se plantea la Reconquista como un medio, no un fin, para llegar a la suprema finalidad: España.

No sé qué diría don Rodrigo si pudiera reencarnarse. A buen seguro que tendríamos que someterle a un curso intensivo de educación histórica antes de ponerle ante la escobariana versión escénica de su ideología juvenil. Y es que los años cuarenta fueron años difíciles para las ideologías. Entonces no se las enterraba por problemáticas. Se les buscaba padre y madre, y sanseacabó. El papá y la mamá por excelencia de todas estas cosas fueron los Reyes Católicos, pero según el señor Escobar, había abuelos en el asunto: el Cid y doña Jimena.

Una semana antes habíamos visto en «Estudio 1» la versión televisiva de *Una muchachita de Valladolid*, comedia desenfadada e incluso divertida (el monólogo de «las uvas de Almería» es una notable pieza de lucimiento para actores lúcidos), en la que se nos ofrecía el cuadro de una Embajada española, donde las concepciones sexuales «made in Valladolid» entraban en conflicto con las razones de Estado.

Uno atribuyó la programación sucesiva de la muchachita vallisoletana y del joven Cid unificador a una coincidencia en el tiempo de los autores y

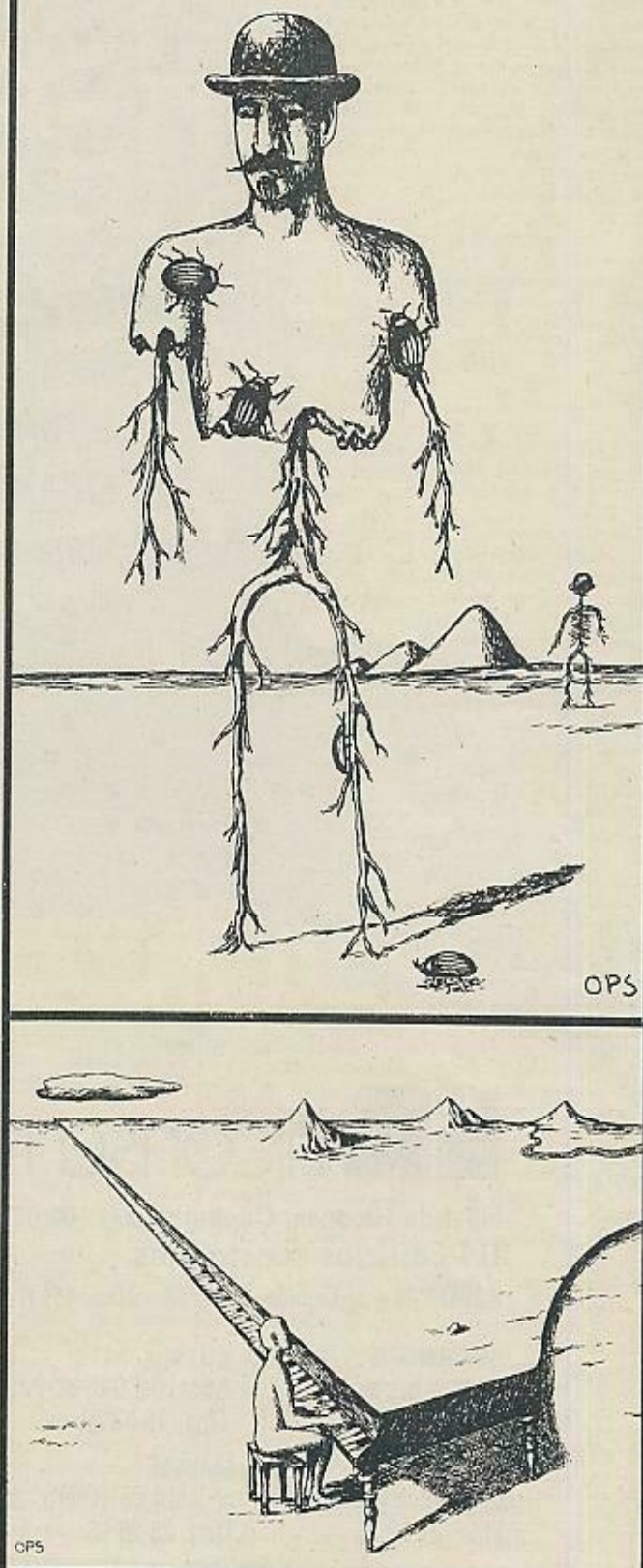
en la intencionalidad cultural del programador del teleteatro. Pero ahora estoy tentando de conceder un nuevo sentido a la sucesión de estas dos piezas: ¿Tendrán algo que ver con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España y la China, vamos a dejarla en «popular»?

Estamos en el país de la cal y la arena, y en el proceloso asunto de «fijar la imagen» del país, nos vamos de El Cid a la venta de uvas de Almería, cueste lo que cueste, con una habilidad que he tardado en descubrir. Cada apertura hacia el Este tiene su apertura correspondiente hacia el Oeste, y el casi «vaudevil» desenfadado de Calvo Sotelo sobre la estricta moralidad de las vallisoletanas, aunque peligre la balanza de pagos nacional, se contrarresta con el vuelo imperial del aguilucho del Cid poniendo puntos cardinales nuevos a las Españas. No faltará, pues, malicioso que se pregunte qué precio tendrá a nivel de política interior el establecimiento de relaciones diplomáticas con la China Popular. Qué ha ocurrido, está ocurriendo o ocurrirá que muestre una vez más que lo cortés no quita lo valiente y que toda carga de cal precisa su parte de arena.

El acontecimiento diplomático está ahí y el enigma de su coste también. Pero queda otro enigma, menos interesante, pero no menos sugestivo: ¿Quién va a ser el embajador? Quizá cuando se publiquen estas líneas el misterio haya dejado de serlo, y ya sepamos quién va a ser el embajador? Quizá apertura hacia el Este de la España de don Blas Piñar. Pero por si no fuera así, por si estas líneas todavía pudieran influir en la designación, yo propondría un matrimonio de embajadores que resultara una síntesis entre el Cid mozo del señor Escobar y la muchachita de Valladolid del señor Calvo Sotelo.

SIXTO CAMARA

OPS



OPS